

067. Jesucristo y sus seguidores

Hablando de Cristo y de los cristianos, hacemos muchas veces esta afirmación, tan clara, tan exacta y tan fácil de entender: **Cristiano es quien ha escogido a Cristo y lo sigue.** No podemos resumir en menos palabras todo el contenido de nuestra vocación.

¿Quién es Cristo? Lo conozco, me entusiasmo por Él, escucho su voz. Jesucristo ha optado por mí, se me manifiesta y me llama.

¿Qué hago yo entonces? Ahora, soy yo quien opto también por Cristo, me lanzo detrás de Él, y le sigo hasta dondequiera que vaya.

Jesucristo, solo Jesucristo va a ser la razón de mi existencia.

Un bello poema hindú nos presenta a la joven enamorada que contempla el rostro del amado, el cual le pregunta con extrañeza: *-Pero, ¿qué haces, querida? Me miras y cierras los ojos. Como si no quisieras que los míos se fijaran más en los tuyos, tan bellos.* Y ella, arrebatada en amor: *-Querido, tu rostro se imprime tan dulcemente dentro de mí, que, una vez te he mirado, temo que al abrir de nuevo mis ojos tu imagen se escape de mi alma.*

Esta es la realidad cristiana. Jesús me ha mirado a los ojos: ha sido su opción; y hecha la opción mía, cierro mis ojos a todo: no me interesa más que Jesús, contemplarlo, gozarlo, seguirlo.

Todo esto suena a poesía encantadora. Sin embargo, la belleza del lenguaje es una corteza que envuelve el tronco de exigencias a veces muy duras. Jesús fue el primero en verlo, y desde un principio no nos quiso engañar, pues nos dijo sin titubeos, con autoridad y claramente: *El que quiera venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su propia cruz y que me siga* (L. 9,23)

A la luz de esta verdad entendemos las escenas a veces algo patéticas que se desarrollan entre Jesús y sus interlocutores, unas veces a nivel interpersonal y otras a nivel de grupo.

Con la Samaritana: *Ese Cristo de quien tú hablas soy yo. ¿Me crees o no me crees?... Y la mujer aquella, la de los seis maridos, se le rinde y después lo anuncia a sus paisanos: ¡Venid a ver al Mesías que esperamos!...* (Juan 4,43-53)

Con Nicodemo: *Seré crucificado, y quien me mire tendrá la vida...* Nicodemo se rinde también, y saldrá después en defensa de Jesús ante sus compañeros de la asamblea: *¡No lo podemos juzgar sin haberlo antes escuchado!* Y será de los pocos que se llegarán hasta el Calvario para dar al Crucificado honrosa sepultura (Juan 4, 15; 7,50-51; 19,39)

Con Zaqueo se autoinvita: *Baja del árbol, vete a tu casa, y prepárame alojamiento, porque hoy me voy a quedar contigo.* Y el publicano ladrón, rendido también: *Devuelvo lo suyo a los que haya perjudicado, y entrego además a los pobres la mitad de todos mis bienes* (Lucas 19,1-10)

Hablando de los grupos, basta con el aleccionador hecho de la sinagoga de Cafarnaúm: *¿También vosotros me queréis dejar solo?* Porque ve cómo todos los del auditorio se marchan mientras dicen despectivos: *¿Qué insoportable es este lenguaje!* Dudan también bastantes discípulos. Aunque Pedro responde con decisión en nombre de los Doce: *¡Señor! ¿Y a quién vamos a ir si tú eres el único que tiene palabras de vida eterna?... Pedro y los Doce se rinden a la palabra y a la Persona de Jesús, a pesar*

de lo triste que lo ven hoy y de que todos los dirigentes del pueblo lo abandonan (Juan 6,59-71)

La opción por Jesucristo ha de ser resuelta e incondicional. Un “pero” —una “pega” que decimos—, lo echan a perder todo.

Sí, creo; pero eso de que Tú estés presente realmente en la Hostia consagrada...

Sí, creo; pero eso de que tu única Iglesia deba sostenerse sobre la roca visible que es Pedro...

Sí, creo; pero eso de que tu Madre, como confiesa la Iglesia Católica, fuera siempre virgen...

Sí, creo; pero eso de que sólo un matrimonio indisoluble, como mandas Tú...

Todos estos “peros” que ponemos a la palabra de Jesús, dicen en realidad: *Sí, eres magnífico, Jesús; pero aceptarte del todo, hasta en todas esas cosas, es algo que ya no se puede admitir tan fácilmente...*

Contra esas posturas indecisas y hasta blasfemas, la generosidad del cristiano es como la de aquel príncipe medieval, que, al ser coronado rey, en vez del cetro, agarra la Cruz, la besa, y la muestra a toda la gente que atesta la catedral, mientras dice:

- *Mirad este signo con que hemos sido redimidos nosotros y todo el mundo: él me servirá en lugar de cetro* (Rodolfo de Augsburgo. Weiss, Hist. Univ., vol. VI)

Optaba por Cristo rindiéndole su persona, y optaba también por el Reino de Cristo antes que por el reino heredado de su padre y conferido por el Papa.

La intransigencia de Jesucristo se basa en la soberanía de Dios: Dios está sobre todo.

Empezando sobre nuestro cerebro minúsculo ante la Sabiduría infinita: ¿Quién tiene la razón, Dios que me habla o yo que no entiendo?... El sacrificio de la razón es lo primero que nos pide Jesucristo: *¡Si no os hacéis como niños!...* El niño no pregunta, cree sin más.

Y sigue por nuestra voluntad: ¿Quién vale más, Jesucristo, su Reino, sus promesas, o lo que el mundo pasajero me ofrece? Si todo lo de aquí son valores relativos, ¿es mucho que Jesucristo me pida y exija —porque no puede ser de otra manera—, que le siga hasta donde me diga Él y vaya Él mismo?...

Hemos mirado a Cristo y su figura nos ha arrollado: ¡Como Jesucristo no hay! Por eso, aunque cueste, no hay riesgo ni existe aventura tan formidable como seguir a Jesucristo...